

Baquedano en Lurín Ocupado Lurín el 23 de diciembre, Baquedano permaneció ahí hasta el 12 de enero esperando reunir los víveres y el parque que se enviaban de Curayaco y además para darse tiempo de reconocer las posiciones del enemigo. La carga de los buques se despachaba a lomo de animal a Lurín, trabajo prolijo que exigía mucho cuidado.

Más difícil que movilizar la carga fué trasladar de la costa al campamento la artillería de campaña, porque el camino era arenoso y pesado, y aunque

se había elegido para el desembarque de las piezas una caleta más próxima a Lurín que Curayaco, sin embargo, fué una operación que exigió varios días de trabajo.

El valle de Lurín era una posición militar excelente. Tenía agua, pastos para las caballerías, clima sano, no tan cerca de Lima que estuviera expuesto a un ataque súbito, ni tan lejos que se requiriera más de una jornada para llegar a las líneas que lo defendían. El ejército se estableció en ese valle, en forma que cualquier intento de sorpresa habría fracasado. Piérola tuvo ese pensamiento en los primeros días de enero y alcanzó a dar órdenes para realizarlo. Si lo hace habría experimentado un gran desastre y las batallas de Lima se habrían librado en condiciones peores para él. Baquedano había tomado tales medidas de seguridad que una tentativa de esta clase era imposible.

Varios caminos cruzaban el valle. Me limitaré a mencionarlos. Uno se llamaba de Conchán y seguía la playa; otro, de Manchay, unía a Lurín con Lima haciendo una circunvalación por el oriente y se juntaba con el que venía de Cañete, que fué el seguido por Lynch en su viaje desde Tambo de Mora y el que tomó el coronel peruano Sevilla antes del desastre del Manzano. Otro, el de Atacongo, el cual sigue las primeras ondulaciones de la cordillera; otro, el de la Tablada de Lurín. Esas sendas que daban acceso al campamento chileno estaban todas vigiladas. En cualquiera de ellas Piérola habría encontrado una fuerte resistencia. Además el río, el límpido chorro de agua que tenía aquí tanto valor como el pozo en Dolores, lo defendían dos brigadas colocadas a derecha e izquierda; una en el camino de Conchán cerca del mar; la otra en el de Manchay.

El General Baquedano adoptó en Lurín una medida militar de alguna importancia. La nueva organización del ejército distribuía la artillería en las divisiones, lo cual debilitaba enormemente el papel del Comandante General del arma que era Velásquez, dejándolo reducido a la condición que tuvo Vergara en la batalla de Tacna. Baquedano la dividió en vísperas de los combates dejando la de montaña agregada a las divisiones; la de campaña a cargo del Comandante General.

Destrucción del Regimiento Rímac

El hecho de más importancia ocurrido mientras Baquedano permaneció en Lurín, fué la destrucción del regimiento de caballería Rímac, el que había sido enviado al sur a obstruir el paso a la división Lynch en su notable marcha desde Tambo de Mora. No es fácil explicarse por qué su jefe penetró a las posiciones custodiadas por la brigada de Barboza dirigiendo un cuerpo de caballería que habría podido seguir cualquier camino apartado para reunirse a su ejército, aunque le fuera preciso hacer un largo rodeo. No es improbable que el guía que lo conducía se extraviara, según lo aseveró un diario peruano de la época. Así mismo tampoco se explica que el Regimiento marchara arriando más de mil animales vacunos, lanares y cabríos, cuando necesitaba tener toda la movilidad necesaria estando cerca el enemigo. El hecho es que venía en esas condiciones del sur, y que Barboza lo sabía y había colocado en acecho una compañía del Curicó, mandada por el capitán don José María Barahona en un punto avanzado sobre ese camino. En la tarde del 27 de diciembre Barahona avisó que se divisaban fuerzas de infantería y de caballería por el sur. En efecto a esa hora se aproximaba el regimiento Rímac con sus dos escuadrones, uno de lanceros y el otro de flanqueadores y con su comandante el Coronel Sevilla a la cabeza.

Barboza al recibir este parte, mandó a reforzar la avanzada al regimiento Curicó a cargo del comandante don Joaquín Cortés. El resto de la brigada la colocó en lugares elegidos en el trayecto, que comunicaba su campamento con la posición de Barahona. Entrada la noche, Sevilla penetró al sitio del Manzano, lugar que, según las descripciones contemporáneas, es una hondonada rodeada de cerros. El Curicó le hizo fuego. Los disparos iluminaban la atmósfera que estaba completamente oscura y el Regimiento se esforzó por romper el encierro en que había caído, sin poderlo conseguir.

Renovada la tentativa hasta por tres veces consecutivas y encontrando siempre la misma tenaz resistencia se puso en fuga, perseguido débilmente, porque los parajes eran completamente desconocidos para los chilenos. Es probable que también lo fueran para él, pues de otro modo no se comprende por qué no se repartió por los vericuetos del terreno habiendo tenido toda la noche para hacerlo. Barboza colocó sus tropas en lugares aparentes para impedirle la retirada, y al día siguiente consiguió aprehender a ciento veinte individuos de tropa y tres oficiales. Entre los prisioneros se encontraba el Coronel Sevilla. Su 2º había sido muerto. Del lado de los chilenos hubo cuatro heridos y un muerto. Fué éste el Teniente Coronel Olano, 2º jefe del Curicó, que recibió casi al mismo tiempo dos balazos que le costaron la vida. En esta acción se distinguieron los capitanes del Curicó don Anselmo Blanlot Holley, don José María Barahona, el ayudante don Nicanor Molinare, y un joven oficial de Cazadores a caballo, don Ignacio Urrutia.

La gran preocupación durante la permanencia en Lurín fué el reconocimiento del campo contrario. El Cuartel General tenía pocas noticias de las posiciones en que lo aguardaba el ejército de Piérola y necesitaba adquirirlas para adoptar el plan de batalla. Los reconocimientos empezaron al siguiente día de la ocupación del valle. Sería una prolijidad inútil enumerarlos uno a uno. Básteme decir que todos los caminos fueron visitados y que los jefes que dirigieron esas exploraciones fueron los comandantes Dublé Almeyda, Lefeliet del Estado Mayor, Wood y el sargento mayor don Manuel Rodríguez, activo voluntario que había prestado servicios muy útiles en Antofagasta y en la campaña de Tarapacá. Era nieto del héroe de su nombre y apellido, que figuró en la guerra de la Independencia. Los reconocimientos que merecen recordarse con especialidad fueron aquellos en que figuró Baquedano y el que hizo Barboza sobre Ate.

Reconocimiento de Baquedano

Baquedano fué tres veces a observar las posiciones peruanas de Villa-San Juan y una la de Ate. Como es natural lo acompañaban el Estado Mayor, el Ministro y los principales jefes. En algunas ocasiones llevó fuerzas de las tres armas para obligar al enemigo a descubrir sus piezas, pero esos estudios visuales tenían que ser muy imperfectos, porque no era posible acercarse a las trincheras y menos a los fuertes. Entre tanto era indispensable conocer aproximadamente siquiera esas posiciones porque en las esferas superiores se pronunciaban corrientes distintas sobre el plan de combate. El Ministro y el Jefe de Estado Mayor patrocinaban el ataque por Ate, por el camino de Manchay para envolver al ejército peruano por un movimiento de flanco e interponerse entre él y Lima. El círculo del Cuartel General en cambio abogaba por un ataque de frente a las posiciones de Villa-San Juan, con lo cual se renovaba la disensión suscitada antes de la bata-

lla de Tacna. Lo que debía resolver el punto era el estudio del terreno. Baquedano ordenó a Barboza ejecutar un gran reconocimiento con tropas de las tres armas por el camino de Manchay y Ate, y él volvió a visitar el de la Tablada de Lurín que enfrenta a Villa-San Juan.

Enero 9. Reconocimiento de Ate por Barboza

Barboza partió de su campamento de Pachacamac Nuevo, sitio que, como muchos otros de la región de Lurín, está sembrado de majestuosas ruinas del período prehistórico americano, con una columna de dos mil hombres, compuesta del Regimiento N^o 3, de un batallón del Lautaro, de una compañía del Buin, dos cañones de montaña, un escuadrón de Granaderos y un pelotón de veinticinco Cazadores a caballo. Siguió el camino ancho y llano que hay en el fondo de la quebrada de Manchay el cual se bifurca en dos senderos que pasan al pie de un cerrillo que obstruye su cauce. Este punto se conoce con el nombre de Portachuelo de Manchay. De aquí el camino, restablecido en su anchura anterior, llega a un punto llamado Rinconada de Ate que da acceso al valle de este nombre y que custodiaba un batallón de infantería y una sección de caballería. La posición era fuerte para resistir un ataque de frente, pero perdía todo su valor desde que se pudiesen dominar las laderas de los costados o tomarle la retaguardia haciendo un movimiento envolvente por los cerros. La avanzada que cuidaba ese punto podía ser reforzada con otro batallón y alguna caballería que estaban a corta distancia. En el fondo se veían las fortificaciones de Vásquez. Mandaba la guarnición de la Rinconada el coronel don Mariano Vargas. Bombas automáticas protegían el frente de la posición, cerrada además con una zanja.

Llegando allí Barboza se dió rápidamente cuenta de lo que convenía hacer. Envió algunas compañías del Regimiento N^o 3 desplegadas en guerrillas por las faldas predominantes, y otras por el fondo de la quebrada para atacar de frente el foso, a cargo éstas de un oficial de valor distinguido, el sargento mayor don Gregorio Silva. Colocó en posiciones las piezas de montaña, para que facilitaran el ataque de Silva mientras la caballería hacía un rodeo por los cerros para tomar la retaguardia. La resistencia fué débil. El ataque simultáneo de todas esas fuerzas desconcertó a la guarnición peruana, la cual, al ver que la caballería podía cortarle la retirada, huyó en dirección de la baterías de Vásquez, las que prevenidas del ataque, rompieron sus fuegos con sus grandes piezas sin producir otro efecto que el moral en la columna asaltante. Barboza perdió 25 hombres heridos por explosión de las bombas y por balas de rifle; los peruanos otros tantos y tres oficiales. Con el reconocimiento quedó abierto ese día el camino de Lima por ese costado. Hasta entonces Piérola lo había resguardado débilmente, no creyendo que el enemigo intentase venir por ahí. Después de ese día lo reforzó con algunos batallones y artillería. Este reconocimiento de la Rinconada de Ate ocurrió el 9 de enero.

Plan de Baquedano Baquedano tenía ya resuelto su plan de combate. No era hombre de perderse en disquisiciones estratégicas ni tampoco de dejarse influir por ajenas opiniones cuando había adoptado una. Su plan era el de Tacna; atropellar al enemigo de frente procurando romper el eje de la resistencia en el centro y flanquear sus extremidades. A cada división peruana opondría una de su ejército. Lagos obtuvo que se hiciera a este plan la modificación de enviar una columna compuesta del regimiento Coquimbo y del batallón Melipilla, a cargo de un jefe que le era muy adicto, el teniente co-

ronel don José María Soto, a atacar el Morro Solar por sus laderas del sur, por el camino de Conchán, vecino al mar, para coadyuvar al asalto de la falda norte.

Enero 11. Consejo de Guerra

Las opiniones directivas estaban muy divididas en cuanto al plan de ataque y a petición de Vergara, el General en Jefe citó a un Consejo de Guerra para oír opiniones, no dió para resolver el punto, pues, según lo dice en su parte oficial, su resolución era ya "inquebrantable". En esa reunión o junta, planteó el problema que agitación los espíritus, si debía marcharse por Ate haciendo un movimiento envolvente, o atacar de frente. Concurrieron a ella todos los generales, el Ministro, los coroneles Velásquez y Lynch, Altamirano, Lira y don Joaquín Godoy. No estuvo presente Lagos.

Vergara sostuvo la conveniencia de marchar por Ate y le contradujo Velásquez, con razones de peso y también con algún despecho profesional de oficial de línea que resiste la intromisión de los civiles en el tecnicismo militar. Triunfó la opinión de Velásquez con el voto de todos los militares presentes. Llama la atención que Maturana que pensaba como Vergara se abstuviera de hablar. Quizás sabía que nada haría cambiar la resolución de Baquedano. En ese Consejo se acordó que al subsiguiente día, 13 de enero, se daría la batalla por sorpresa y al amanecer.

Lo resuelto entonces fué tema de ardiente discusión posterior, y es una resolución de tanta importancia que bien merece que dé a conocer las razones que se manifestaban de un lado y otro. Vergara pensaba ahora como en Tacna. Su táctica volvía a contradecirse con la del General en Jefe. Sostenía que un movimiento envolvente que colocara a los chilenos entre las posiciones peruanas y Lima, haría caer esta ciudad sin disparar un tiro. Después de eso era probable que se desbandasen los soldados de Piérola al verse cortados de la capital y de la quebrada del Rímac, que era el camino real de la Sierra y de la fuga. Si lo hacían, la guerra se solucionaba. Si no, tendrían que abandonar sus posiciones fortificadas y habría una gran economía de sangre.

Razones del Cuartel General en favor del ataque de frente

El círculo del General en Jefe respondía: marchando por la Tablada de Lurín hay que andar diez y siete kilómetros hasta enfrentar las posiciones de Villa-San Juan. Por Ate esa distancia es tres veces mayor por caminos arenosos, con serias dificultades para conducir el bagaje y la artillería de arrastre. Por el primer camino se conserva la línea de comunicación con el agua de Lurín; por éste se pierde y el ejército puede encontrarse aislado en un desierto, muriéndose de sed. Y junto con el agua se abandona el importante auxilio de la Escuadra de tanto valor en una batalla librada en la costa. Baquedano habría podido agregar que marchando por Ate su ejército desfilaría en una línea extendida a muy poca distancia del contrario, el que podía cortarlo en cualquier momento, y presentarle batalla en excelentes posiciones defensivas. Además Piérola había dispuesto todo para inundar el valle, vaciándole los canales de regadío, en caso que el enemigo adoptase esa vía, para que el suelo empantanado impidiese la movilización rápida de la artillería y municiones. En el mejor de los casos, suponiendo que el ejército chileno pasara la quebrada de Manchay y llegase a las puertas de Lima sin disparar un tiro, se habría obtenido un gran

*Distribución del
Ejército peruano en
sus líneas*

El ejército peruano ocupaba sus posiciones fortificadas en este orden:

El cuerpo de ejército de Iglesias cubría el paso de Santa Teresa y las posiciones de Villa apoyando su derecha en el

Morro Solar.

El de Cáceres le seguía hasta tocar el abra de San Juan.

El de Suárez, que servía de reserva general, estaba colocado en la retaguardia de los anteriores, equidistante de ambos.

De San Juan al norte, cuidando el otro flanco del portezuelo, estaba Dávila.

El ejército peruano disponía de 20.000 hombres más o menos; el chileno de 23.000.

Las jornadas de Lima son las más grandes que se han librado en Sudamérica, en consideración al número de combatientes. Tomaron parte en ellas, en Chorrillos alrededor de 45.000 hombres, en Miraflores 20 a 25.000.